

LA NOVELA DE LA VIOLENCIA SOCIAL DE LOS 80' EN UN ESCENARIO PARISINO

Eduardo Huarag Álvarez

Como en años anteriores, el CECUPE –Centro Cultural Peruano en París–, que preside Yolanda Rigault, organizó en enero el Café Literario para comentar las obras literarias que en el 2011 tuvieron mayor repercusión. Entre ellas, fue interesante observar la diversidad de inquietudes y tendencias de los escritores peruanos. Mientras algunos novelistas abren caminos hacia temáticas novedosas de intensa evocación subjetiva o las circunstancias dramáticas de los migrantes –*Inolvidablemente*, de Patrick Rosas; *El amor de Carmela me va a matar*, de Eduardo González Viaña–, otros, como Oscar Colchado –*Hombres de mar*– y Juan Morillo –*Hienas en la niebla*– prefieren los enfoques vinculados a conflictos sociales.

Es importante detenerse en la saga novelística que ha seguido a los hechos de la violencia social en el Perú de los 80'. Los acontecimientos políticos que estremecieron el país en ese periodo tuvieron un saldo trágico: más de 60 mil víctimas, según la Comisión de la Verdad. Por dos décadas la violencia y sus excesos fueron parte de la vida cotidiana de los peruanos y ello había de reflejarse en la obra de sus escritores. Recordemos que en ese periodo se publican *Abril rojo*, de Santiago Roncagliolo; *La hora azul*, de Alonso Cueto; *La barca*, de E. J. Huarag; *Rosa Cuchillo*, de Oscar Colchado; y la más reciente *Hienas en la niebla*, de Juan Morillo. Es bueno reconocer que las novelas mencionadas superan los planteamientos del realismo tradicional y aportan creativamente mediante el manejo de técnicas propias del relato moderno.

En un contexto en el que se hace un balance de la producción novelística de los últimos años, destaca *Hienas en la niebla* (Lima, Editorial Universitaria de la URP, 2010), por haber elegido la perspectiva del mundo interior. No es una novela más. La obra de Morillo discurre con un narrador en segunda persona lo cual es un acierto porque la novela en su conjunto pretende relatar hechos y cuestionar el desempeño de los sistemas represivos de la sociedad, pero también se permite una especie de autocrítica –y ése es un aspecto novedoso–, con lo que vemos que su visión y cuestionamiento llega a todo el grupo generacional del personaje protagónico.

La perspectiva elegida le permite al narrador ingresar al mundo interior del protagonista y transmitirnos sus vacilaciones, dudas, temores y compromisos. Según la trama, el héroe ha sido atrapado por los agentes de Seguridad del Estado. Mientras está en su celda, el protagonista evoca sus años de militancia política y los avatares de la persistente lucha contra un sistema que social y políticamente es injusto y mantiene en la miseria a las grandes mayorías del país. La

obra muestra también la ingenuidad e impericia de muchos militantes que pretendían hacer la revolución con actos audaces, pero aislados de las organizaciones populares.

Por la mirada del narrador, percibimos la atmósfera social y el activismo de militantes empeñados en promover un cambio radical. Los hechos se ubican en la década del 60' y el 70', pero los personajes contrapuestos –el militante detenido bajo sospecha de terrorismo y los oficiales de Seguridad del Estado– son idénticos a los actuantes de los 80'. La única diferencia es que las acciones subversivas fueron más cruentas. Además, las acciones represivas encontraron la forma de enmascarar sus operativos de modo que las víctimas quedaban simplemente como desaparecidas.

Los personajes más importantes son marxistas confesos y partidarios de la violencia armada. Sabedores que ideológicamente están al margen del sistema social, realizan su activismo desde la clandestinidad, lo que determina que exista esa especie de *misterio*, ese doblez en el actuar. Los militantes están ligados con el mando central a través de los denominados *contactos*. Las células reciben tareas concretas, no estando permitida alguna reunión entre las bases. El narrador destacará el gusto del protagonista por la lectura (entre sus obras preferidas están *La madre* y *Así se templó el acero*, novelas que inspiran la conciencia y convicción socialista).

No deja de ser importante la actitud del protagonista hacia sí mismo. Verse en la situación de detenido e incomunicado lo lleva a una necesaria reflexión existencial. Se trata, pues, de una novela introspectiva. No por ser una novela de hechos políticos o de confrontación social, deja de tener una hondura existencial que muchas veces las novelas realistas no asumen. La actitud introspectiva se reitera constantemente cuando el encarcelado revisa lo pasado o procede a proyecciones de su imaginario. Sus temores, su sincera autocrítica, todo se junta en esa prisión, en esa hora en la que el tiempo se detiene y él no sabe si lo vivido es real o una alucinación: “¿Qué había pasado? ¿Sólo era una momentánea falta de fe o un paso hacia el rumbo por donde se encaminaban los renegados? ¿Estabas en trance de traicionar a tus sueños o ya los habías traicionado? Tus sueños. Verdad que aleteaban todavía en tu vida pero no como la fuerza torrencial que suelen ser cuando se hallan encendidos, sino como presencias distantes que han alcanzado, en su camino hacia el desvanecimiento, la consistencia evanescente de un recuerdo.” (J. Morillo, 2010, p. 243).

Toda la novela se mueve en el eje del dato desconocido. El protagonista ha sido apresado, pero él no sabe cuál es la

acusación concreta. Es una víctima de las condiciones deplorables de la prisión. Se mantendrá incomunicado por decisiones de la superioridad. No tiene derecho a defenderse ni buscar abogado. Allí no cuentan los derechos ciudadanos. Nadie se acerca a decirle por qué ha sido detenido. Grita, exige, pero su voz se pierde en ese espacio oscuro de la celda. Los que ordenaron su encarcelamiento no le dan la cara, ni utilizan intermediarios para dar explicaciones: “Oyes el golpe de la puerta de madera y todo vuelve a quedar en silencio. ¡Conchas de su madre!, gritas avanzando hasta la reja. Te aferras a los barrotes y vuelves a gritar, ¡qué quieren hacer conmigo, carajo!, ¡quién me aclara esto, por la puta madre!, ¡es un abuso! Tu pecho se convulsiona y no puedes controlar el llanto. Una sensación de rabia e impotencia te lleva al desborde y lloras golpeando los barrotes.” (J. Morillo, 2010, p. 207).

El gran poder empequeñece a la víctima. El gran poder somete sin hablar. La novela, pues, construye un universo con esa atmósfera que recuerda mucho a *El proceso*, de Kafka, una obra en la que el personaje se siente oprimido, avasallado, por un misterioso poder que tiene a su servicio una serie de funcionarios, un poder que termina siendo un enorme laberinto en el que nadie entiende qué es la justicia, ni la dignidad humana. Pareciera que el gran poder y sus procedimientos esperan quebrar la resistencia emocional de la víctima. Es importante consignar la minuciosidad con la que el narrador transmite ese mundo opresivo, miserable, humillante al que ha sido destinado, un mundo en el que su conciencia interior lucha para no dejarse doblegar: “Me han tirado a esta letrina como a un animal. Me van a matar. Lo van a hacer al amanecer, sin testigos, de un solo tiro en la cabeza. ¡No te pongas así, carajo!, gritas y tu propia voz te inquieta, te turba. Late tu corazón, tu respiración se agita, se convulsiona tu pecho y estalla el llanto.” (J. Morillo, 2010, p. 201).

Lo que el prisionero no espera es que el gran poder tiene todo preparado para su acusación y su posible eliminación. Ellos habían previsto hasta los términos en que se presentaría la noticia, como efectivamente sucede. Los carceleros se acercan a él para enseñarle cómo es que aparecería la noticia en un periódico de la ciudad. Recién entonces se entera que los agentes del Servicio de Inteligencia habían estado haciendo un seguimiento de sus actividades y que aquel ayudante que lo acompañaba en sus viajes por la sierra central, que se ganó su confianza en la agencia de su propiedad, era nada menos que un agente infiltrado con el único propósito de saber qué vínculos tenía el protagonista con los subversivos: “¡Víbora!, piensas, ¡asesino!, ¡como toda la manada de bestias de la que formas parte! ¡hiena! Vuelves los ojos al periódico y sientes que pierdes la noción de las cosas, que enloqueces.” (J. Morillo, 2010, p. 407).

La narración fluye con mucha naturalidad y el relato se va convirtiendo en alegato, en un cuestionamiento a la sociedad y a la misma militancia que alguna vez soñó con hacer la revolución. A su vez, el proceso de deterioro y humillación

del prisionero no hace sino revelar la bestialización a la que llegan las instituciones represivas. Los carceleros no tienen límite. No importaba la vida humana. Si podían sacar provecho personal del caos y el avasallamiento lo hacían. No tienen la más mínima ética personal, siendo que, sin embargo, representan al Estado.

Morillo acierta en mantener como dato escondido la razón por la que el protagonista está prisionero. El prisionero no sabe, hasta el final, cuál es la acusación por la que lo mantienen incomunicado. Mientras crece su angustia, el relato devela la cárcel infernal y los personajes sin rostro que desean doblegar al prisionero. Un laberinto infinito que apenas muestra indicios de su organización y donde nadie quiere dar explicaciones. Pero esto, que pudiera ser su logro más importante, necesitaba que el narrador ofreciera más anclajes, más indicios que marquen el tono y la atmósfera predominante. Lo que sucede al final es que el relato primordial se diluye por el constante desarrollo de situaciones personales o familiares no siempre trascendentes.

Y en París, donde se organizó el Café Literario para revisar las producciones del año, el frío –que estaba a seis grados bajo cero– no impidió que llegara una buena cantidad de ávidos lectores de la literatura peruana. El evento reunió a destacados escritores y críticos. Muchos de esos peruanos están en París hace más de veinte años, pero siguen teniendo dentro de sí la conciencia y el sentimiento de sus raíces. Eso supone, de algún modo, padecer los avatares que acontecen en la lejana patria. Ven, con expectativa, que se va superando el clima de violencia y que hay todavía mucho por hacer (como decía el gran poeta Vallejo) para acabar con la pobreza extrema que aflige a los países latinoamericanos.

Al final, ávidos de lectura, los asistentes compran los libros que los escritores y críticos han traído del Perú. Ese es el calor que necesitan en medio del frío francés. La patria lejana seguirá presente en la lectura de las obras de los escritores. Se aferran al imaginario de su país a través del mensaje de la palabra y el tratamiento literario. En ese monumental París, centro de actividades culturales, los peruanos están encantados de su tradición. Así como los mexicanos se sienten orgullosos de escritores extraordinarios como Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes; los peruanos, cerca del Sena, del Louvre, de Notre Dame y Montmartre, sienten muy cerca la imagen y la voz de César Vallejo, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce, entre otros. ■

Eduardo Huarag Álvarez. Peruano, doctor en Lengua y Literatura por la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde ejerce la docencia. Tiene Maestría en Comunicaciones por la Universidad Internacional de Andalucía. Entre sus publicaciones, destacan: *Tendencias e innovaciones en la narrativa hispanoamericana*, *La cultura oral en la narrativa hispanoamericana* y *Mitos de origen y el tras mundo en las culturas prehispánica y amazónicas*. Ha sido profesor invitado en las universidades Michel de Montaigne, de Bordeaux, Francia; Ludwig y Maximilian, de Múnich, Alemania; Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, Brasil; y Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.